

ta para que sea permitida cuando hay medio de desterrarla. En el reino de Siam, cuando se piden al rey sus órdenes, se evita en lo posible la forma pronominal (1). Una observación del P. Bruguière demuestra que esta usanza es general en los Siameses. «Tienen, dice, pronombres personales, pero los usan raramente.» También en China esta manera de hablar descende á las relaciones ordinarias. «A ménos de ser amigos íntimos, nunca se dice *yo* y *vos*, esto sería una grosería descortés. Sino que en vez de decir: Agradezco mucho el servicio que me habeis hecho, se dice: El servicio que el señor ó el doctor ha hecho á su muy humilde servidor, me ha conmovido profundamente (2).»

Viene luego la costumbre de torcer el sentido de los pronombres ensalzando al superior y rebajando al inferior. «Hay en siamés diferentes palabras para expresar *yo* y *mi*. Primera: entre el dueño y el esclavo; Segunda: entre el esclavo y el dueño; Tercera: entre el hombre del pueblo y el noble; Cuarta: entre personas de igual categoría, y Quinta: una forma reservada á los sacerdotes.» Los Japoneses todavía tienen más desarrollado este sistema. «En el Japon todas las clases tienen un *yo* propio de ellas, del que ninguna de las otras puede usar; hay uno reservado exclusivamente al Mikado... y uno para las mujeres... Hay ocho pronombres de la segunda persona que son propios de los sirvientes, de los pupilos, de los niños (3).» Aunque no hayan sido llevadas tan allá en Occidente, las distinciones establecidas por el abuso de las formas pronominales, no por ello dejan de estar bien determinadas. En Alemania, «antiguamente... se hablaba á los inferiores en la tercera persona del singular, *er*: es decir, que se usaba una fórmula indirecta para designar al inferior, como si no estuviera presente, que servía para apartarle de la relación directa con la persona que hablaba.» Por el contrario, «los inferiores se sirven siempre de la tercera tercera del plural cuando se dirigen á sus superiores;» esta manera de hablar, elevando al superior por la pluralización, aumenta la distancia que separa al inferior del superior, por su forma relativamente indirecta; además, empieza como un acto propiciatorio á los poderosos, para después extenderse como los demás hasta convertirse en un acto de propiciación dirigido á todo el mundo (4). En la lengua inglesa en la cual esta humillante perversion del uso de los pronombres no existe, se sustituye únicamente el *vos* al *tú*: esta era en

(1) Bawring. *loc. cit.* I, 127.

(2) P. du Halde. *loc. cit.* II, 177.

(3) Steinmetz. *Japon and her People*. London, 1859.

(4) H. Mayhew. *German Life and Manners*. London, 1864.

otro tiempo una forma de cumplido dedicada á ensalzar; pero ahora, merced al uso general, ha perdido su significado ceremonial. Evidente es que tenía aun este significado en la época en que los Cuákeros se obstinaban en decir *tú* en lugar de *vos*; lo que prueba que en los primeros tiempos esta forma se usaba para dar dignidad á las personas, es que, durante el periodo merovingio en Francia, los reyes ordenaban que se les hablara en plural (1). Si se halla dificultad en creer que antiguamente se usaba el pronombre *vos* para ensalzar á la persona á quien se hablaba, hay un medio para convencerse de ello; y es el de fijar la atención en la perversion del lenguaje en su forma primitiva y más acentuada, la que, por ejemplo, se usa en las islas Samoa, donde se dice á un jefe: «¿Vais *vosotros dos*?» ó «Venís *vosotros dos*? (2).»

Puesto que las fórmulas de cumplimiento dicen con palabras lo que las prosternaciones expresan por actos, tienen evidentemente las mismas relaciones generales con los tipos sociales. En ellas se encuentran en efecto analogías que conviene notar.

Hablando de los Dacotahs, quienes no tenían organización política alguna, ni tenían siquiera jefes con título antes que los blancos fueran allí á establecer distinciones de esta clase entre ellos, dice Burton: «no existe ninguna usanza, ninguna ceremonia, en el sentido que damos nosotros á esta palabra.» Cuenta la entrada de un dacotah en casa de un extraño. «El indio, dice, se contenta con exclamar: ¡bien!» Belly observó que los Veddas, «al hablar, no se sirven en manera alguna de los términos honoríficos tan en boga entre los singulares; solo emplean el pronombre *tú*, hasta cuando hablan á personas cuya posición parece exigir demostraciones de respeto (3).» Estos ejemplos demuestran de sobra que donde no hay subordinación no se hallan establecidas las fórmulas de lenguaje dedicadas á ensalzar á la persona á quien se habla y á rebajar la propia.

Por el contrario, allí donde el gobierno personal es absoluto, las fórmulas de la humillación de sí mismo y exaltación de los otros se expresan en conceptos exagerados. Entre los Siameses, esclavos todos del rey, el inferior se califica á sí mismo de polvo colocado bajo los pies del superior. Al mismo tiempo, atribuyen al superior facultades trascendentales; y sus fórmulas de cumplido,

(1) Aug. Challamel. *Memoires du peuple français*.

(2) Turner. *Nineteen Years in Polynesia*, 340.

(3) Bailey. *Transactions Ethnological Society*. London, II, 298.

aun entre iguales, evitan nombrar á la persona á quien se habla. En China, donde el poder del «soberano imperial» no conoce ningun límite, el uso de las fórmulas de adulacion y de humildad, empleadas al principio en las relaciones con el emperador, extendióse más tarde, y los cumplimientos han tomado formas tan rebuscadas, que cuando se quiere preguntar el nombre á una persona, se dice: «¿Puedo tomarme la libertad de preguntar vuestro noble título y vuestro nombre eminente?» A lo cual contesta el interpelado: «El nombre de mi indiferente (pobre) familia es tal; y mi nombre innoble es cual (1).» Pero donde las ceremonias han dado lugar á la más rebuscada perversion del sentido de los pronombres, es en el Japon, donde largas guerras establecieron desde muy antiguo un despotismo tan inmensamente grande, que tiene un prestigio casi divino.

Así tambien, cuando se compara la Europa antigua cuya estructura social estaba desarrollada por una lucha continua y adaptada á este estado, con la Europa moderna en la cual se observa aun, sin duda, la vicisitud de las guerras en vasta escala, pero donde la guerra es más bien una forma temporal que permanente de la sociedad, observamos que las fórmulas de cumplimiento son hoy ménos usadas y exageradas. Obtenemos tambien el mismo resultado al comparar las sociedades europeas modernas enérgicamente organizadas para la guerra, las del continente por ejemplo, con la sociedad inglesa ménos organizada á este fin, ó cuando se comparan las partes reguladoras de la sociedad inglesa, producto del estado militar, con las partes industriales. Las adulaciones superlativas y las expresiones de sentimiento se prodigan ménos en éstas, y el uso de los cumplidos ha disminuido mucho en el seno de las clases encargadas del gobierno en estos últimos tiempos, aunque subsista en ellas aun, más que en las clases industriales, sobre todo, en aquella parte que ninguna relacion directa tiene con las clases encargadas del gobierno. Evidentemente, estas relaciones del uso de los cumplidos con el estado social, son tan necesarias como las precedentes. Si se nos dijera que con la obediencia forzada, condicion obligada de la organizacion militar y carácter de la totalidad de una sociedad conformada para la accion militar, el uso de fórmulas de cumplido que no expresan ninguna sumision, se establece naturalmente, y si, por el contrario, se añadiera que con un régimen de cambio de bienes por dinero y de servicios por salarios libremente estipulados, régimen que constituye el carácter

(1) *Chinese Repository*. IV, 157.

de una vida industrial, el uso de adulaciones exageradas para con los demás y de desprecio servil para con uno mismo, se establece naturalmente, hallaríamos evidentemente que esto sería absurdo. Lo absurdo mismo de esta proposicion hipotética, sirve para dar á luz la verdad de la proposicion real contraria.

